

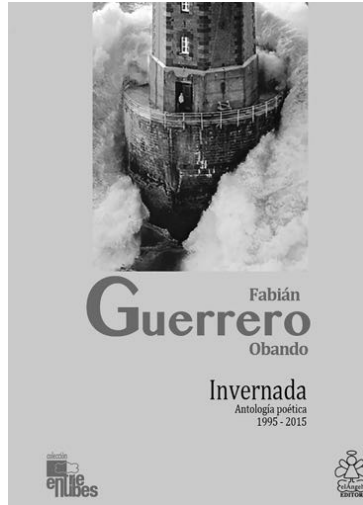
El paraíso enfermo

Apuntes brevísimos acerca de la antología “Invernada”, poesía de Fabián Guerrero Obando

129

1. El universo interpelado a través de un bisturí.

Precisamente donde el canon agota cualquier posibilidad de sentido, se eleva la poesía: “Soy un Dios / Sigo vacío”, dice la voz poética. El asombro proviene de cuánto pueden golpear tan pocas palabras, característica particular de Fabián. Ya desde esta pieza de arte podemos percibir su dictamen, su asilo, su arena de locura, su tortuosa intensidad estética. Nos encontramos frente a un poeta en que el respeto por la palabra se ejerce: cada letra, para ser escrita, debe contener un disparo, una porción del bisturí con que trepanar el universo. Sin esta condición NO hay seriedad en el ejercicio poético. Sin este corte en la carne del universo NO hay



posibilidad de creación. De ahí la recurrencia de Guerrero Obando, desde inusuales metáforas, de demandar, de precisar ahí, en las profundidades de la cultura, para advertir la pus, de penetrar las raíces de la realidad (el universo) para ponerla en entredicho.

2. La poesía es un corte vertical que profundiza en la horizontalidad del tiempo, de los hechos, de las percepciones.

Por eso no cabe el poeta ni en lo masivo ni en lo cotidiano; no cabe en ningún otro momento si no en el instante de trepanación: “Vio su propio cráneo / cubierto de una fina película de nieve / lo envolvió en una hoja de papel / y le prendió fuego”. La sucesión de la muerte, después de la sucesión de la vida, pierde sustancia, lógica, como si se trastocaran las manidas explicaciones de causa y efecto: la maquinaria del mundo. Ahí el corte, el hallazgo: la puñalada vertical a la sucesión de los hechos descubre nuevas sustancias en el imaginario humano. Y es que la poesía es una variante de la filosofía, acaso su hermana mayor, ya que la poesía, libre de las maquinarias de la razón es capaz de penetrar de un modo más directo en otros status del pensamiento, porque sus conexiones, propias de un juego de espejos circenses, va más fondo de lo dado, de lo de-

mostrable, de los asuntos muchas veces onanistas de la demostración. Acaso por ello la linealidad del tiempo en la poesía de Guerrero es un objeto a desacralizar, a desenmascarar, a desnudar. De ahí nace el conocimiento, la estética del conocimiento, la poesía: el brindar al mundo nuevas claves perceptivas para enriquecer al “pensarse de sí” de la humanidad, y con ello relacionarse de un modo más refinado con la existencia.

3. La poesía, si no está al borde, no existe.

El poeta no es un jilguero ni una primavera de palabras, como suele valorar la chusma, tan mayoritaria hoy en día. El poeta más bien perturba porque está con un pie al borde del Misterio y con el otro intenta pisar a ese rey que es la Realidad. Por eso, a lo largo de la palabra de Guerrero, sentimos esa sensación de precipicio, de última disertación del suicida, del loco, del genio. “¿Aquí, en el cuerpo calloso o un poco más allá? / ¿Debajo?

/ Ah, en el trígono cerebral, / porque más acá solo hay piojos marrón-parduzco / que lo perforan todo. / ¿Nunca veremos el jardín encantado?", interpela el poeta y pues tiene sentido, como comunes mortales nos hemos conformado con lactar de los mitos porque nos dejamos movilizar más por los miedos que por la lucidez. El jardín encantado, como una certeza, no existe. Basta de consuelos, hay que crecer y lidiar con los piojos que son lo más cercano a este mundo que nos tocó vivir, no en vano su hábitat es la cabeza, la naturaleza enseña.

Pero volvamos, el jardín encantado parece ser la calma, parece ser el lugar en que las criaturas del conformismo respiran; es decir, jamás es un lugar para el poeta que, apenas los mira, prefiere el riesgo, el confín de los sentidos, el misterio, la locura; prefiere ser la oveja descarriada que se nutre de abismos. El poeta sabe que la felicidad es enfermedad mental, pobreza mental.

4. La poesía es todo lo contrario.

El oficio de meter la mano en el fango no es para cualquiera. Las letrinas del mundo son abundantes, el estiércol salpica a todos; bastan un par de minutos del noticiero, o caminar en el parque un medio día de domingo para darnos cuenta. Por eso la suciedad lúcida del poeta, su oficio de penetrar la cloaca de la existencia nos trae preguntas, interpelaciones, su alma ha sido manchada pero el poeta sigue decidido, retratando aquello que los pontífices de la moral sancionan desde sus ojos vacuos.

Y Guerrero hace su oficio, con sus sensores se sumerge en un bolo de pus para restregarnos la podredumbre encontrada; no desde la ostentación escatológica, desde donde los poetas enanos lanzan sus cánticos; sino, desde la constatación, la exposición, eso de mostrarnos al espejo nuestras propias vilezas. Por eso, los textos de Guerrero nos convocan a una muerte anticipada,

al vómito, a retornar a nuestros rincones bajos que por cobardía escondemos para no resolver. Y es esta película del “Yo sucio” de lo que tratan los textos de Fabián. Sin embargo, la poesía es todo lo contrario: es la anunciación del estiércol para desarrollar nuestra sensibilidad y elevarnos por sobre la vulgaridad, el lugar común, la cotidianidad estereotipada: “Los años no son una suma; / tan solo una

plasta de blanda resignación”. Y así, sujetos por las tenazas de esta colección de poemas, bien llamados Invernada, nos dejamos arrastrar por el hedor, por el miedo, porque Guerrero Obando sabe que aquellos que sobrevivan a la infección, ¡tan pocos!, acaso puedan caminar fortalecidos y sensibles en medio de estas calles plagadas de reptiles.

Carlos Vallejo Moncayo